

con el primo cristian

Teodor Storm

Mi primo Christian realmente tenía sus hermosos ojos azules a la edad de veinte años; y, sin embargo, las chicas afirmaron, con la mano en el corazón, que eran completamente inofensivas. Pero eso fue porque en ese momento, lo cual es raro a esa edad, la electricidad todavía estaba atada; y la razón de esto residía en el hecho de que después de la temprana muerte del padre, la prima había crecido entre dos mujeres predominantemente enérgicas y, después de un año universitario breve y diligentemente utilizado, había regresado a su cuidado.

Uno de ellos, ¡que su madre Dios la bendiga! mi buena tía Jette una vez me tuvo bajo su mano activa cuando yo era un niño, cuando Christian y yo hicimos una limonada de sus grandes guindas para saciar la sed caliente del verano; Sabía cómo evitar ingeniosamente a los demás. Se trataba de la “vieja Karoline”, quien, siendo ya una anciana virgen, comenzó a trabajar en la casa como criada del niño del pequeño Christian, luego de otros intentos que quedaron desconocidos, se comprometió dos veces más, aunque sin el éxito habitualmente pretendido, y finalmente, después de la muerte del jefe de la casa, como sirvienta para todo en la familia. La disolución de esos esponsales se suponía que se había producido únicamente por la excesiva habilidad de la novia, que, a pesar de su agradable y notoria riqueza en efectivo, tanto el último como el penúltimo novio habían rehuido, pero que pronto encontró el reconocimiento más duradero y edificante de su ama.

Después de la muerte de su esposo, mi tía Jette solo tenía un pequeño ingreso; pero una casa grande. Fácilmente podría haber alquilado las habitaciones vacías; pero ella pertenecía a las viejas generaciones; eso no salió bien después de todo. Afortunadamente, Christian fue contratado como colaborador en nuestra escuela académica y ahora se mudó a las habitaciones superiores, que una vez habían sido ocupadas por su padre. De lo contrario, el hogar permaneció sin cambios; Karoline preferiría hacer el trabajo de su médico que ver a otra cosita joven y esponjosa tirarse a su lado.

Pero poco después de que su hijo asumiera el cargo, la tía Jette comenzó a enfermar y finalmente ya no pudo ocultar más el hecho de que cambiaría la vida vigorosa, el fregar y pulir alegremente, el cocinar y enlatar, por el descanso eterno que estaba en ningún lugar. forma adecuada para ella tiene. Sin embargo, como mujer resuelta, no

también aquí lo que era necesario. Diariamente daba ahora a su colaboradora una lección de la sabiduría práctica de su vida, y el fiel hijo, cuando entraba después en su estudio, no dejaba de anotar estos últimos consejos maternos en limpia copia limpia hasta que notaba que el ciclo se cerraba. y después del final comienza a volver al principio. Sin embargo, el último día antes del final, la tía Jette añadió un epílogo, por así decirlo, a sus conferencias.

"Y, Christian", dijo, poniendo toda la fuerza que le quedaba en la voz, "¡no me dejes ir a la vieja Karoline! Cierto, la gente dice que es un dragón; Pero a mí, si quieres hacer una comparación, ella parece más un zapato viejo con sus ojos redondos en su cabeza ancha y los pelos erizados debajo de su nariz torcida; y sabéis que esta ave ocupa un lugar no pequeño en la economía de la naturaleza.

Y cuando su prima la miró respetuosamente pero con ojos algo dubitativos, agregó: "No, no, Christian; créeme, necesitas uno para atrapar a los ratones; y la vieja Karoline se encargará de eso.

Así que la anciana se quedó en la casa después de la muerte de su madre, y su joven amo estaba medianamente feliz con ella. Porque de hecho, de lo que él no tenía idea, ella charlaba con vendedores ambulantes y verduleros sobre los últimos tres de una especie, sabía cómo atrapar a mendigos desvergonzados y judíos desvergonzados que viajaban en vino justo en el pasillo; los campesinos que venían a la ciudad y engañaban a la gente del pueblo con su territorio temían más a la anciana que a su alguacil.

Es cierto que cuando el doctor, lo que bien podría sucederle, llegaba tarde a su paseo después de clase después de la hora del almuerzo, probablemente las puertas de las habitaciones se cerraban un poco más fuerte de lo necesario; También, una vez después de la sopa, el asado voló sobre la mesa, como si fuera un as de triunfos que el viejo Karoline jugaba frente a él; pero el primo escuchó que tan poco como el inquilino de un panadero escuchó el ruido de la máquina de hacer bolsas; En su mente, tal vez estaba en la plaza del mercado de Atenas, escuchando la estruendosa Filipica del joven Demóstenes, contra quien evidentemente la anciana Carolina no era rival.

Luego, tras el paso de unos años, sucedió que dos cosas cayeron en el regazo del doctor: el subrectorado de su escuela erudito

y una herencia de una de sus muchas tías. Gracias a su dragón doméstico, ya había tenido que apartar una pequeña suma de sus ingresos, pero ahora ya no sabía qué hacer con ella. Eso lo inquietó. Caminó alrededor de su casa grande: abajo a la sala de estar, donde la mesa y las sillas, los cuadros en la pared, todo estaba como cuando su madre vivía; a las habitaciones contiguas, que no se habían utilizado desde la muerte de mi padre, al comedor, luego a la sala de juegos más pequeña. La imagen de su padre, el gentil hombre de cabello castaño, vino repentinamente a su mente; se vio a sí mismo como un niño con un hábito gris con botones redondos de nácar; ayudó a su padre a mezclar el tabaco para los invitados y puso poses de plumas rojas y verdes en las pipas de cal, a menudo con una mano suave acariciando su cabello con ternura. Estaba abrumado, y más fuerte cada vez que se quedaba aquí, por el anhelo de revivir estas habitaciones, incluso si los muertos ya no pudieran ser despertados. No importa cuán grande fuera el clan en la ciudad; casi todas las semanas tenía que ir a alguna reunión familiar, ya fuera en las casas de los parientes o, en verano, en sus jardines a las afueras del pueblo. ¡Qué lindo debe ser, como una vez lo hizo su padre, recibirlos a todos en su propia casa! Sin embargo, eso estaba tan claro como el agua, la vieja Karoline no podía hacerlo sola.

El primo se resolvió brevemente y fue a ver a la tía abuela, la anciana alcaldesa; y este, después de haber presentado su caso, le recomendó primero una viuda que acababa de enterrar a su tercer marido, y luego una virgen madura, cuyo lugar en el St.-Jürgens-Stift era un pecado flagrante que los gobernadores ya habían negado. Sin embargo, dado que el primo consideraba que una Caroline era realmente suficiente en su casa, decidió obtener la opinión de su tío, el senador, primero.

Y de hecho; el tío tenía mejores consejos.

'Te felicito', dijo, 'mi parche, pequeña Julie Hennefeder; su padre, ya sabes, nuestro antiguo empleado era algo así como un aprendiz de todos los oficios, era 'Hans Michel in de Lämmer Lämmerstraet'; podía hacer todo lo que veía, tanto un 'Fleuteken' como un 'Napoleón', y sin embargo permanecía sentado al fondo de su Lämmerstrasse. La viuda escasea y sé que ya ha estado buscando un lugar sólido para su hija. ¡Ese sería el caso contigo, Christian! Por cierto, la niña ve

de ninguna manera como si su apellido hubiera sido inventado para ella; por el contrario, es una hermosa niña humana adulta, y también se dice que heredó parte de la artesanía de su padre, lo que puede ser más apropiado para un ama de casa que para un viejo oficinista".

Y así, justo cuando el laburno y la siringa estaban a punto de florecer en el jardín de mi primo, una niña morena y rosada cruzó por primera vez el umbral de su casa; y mi prima no podía entender por qué las viejas paredes del interior de repente comenzaron a brillar. Solo más tarde se dijo a sí mismo que era el rayo de bondad que emanaba de esos ojos jóvenes. La tía abuela, por supuesto, sacudió un poco la cabeza ante esta ama de llaves muy joven, y lo que sacudió a la vieja Karob'ne, que su prima nunca quiso revelar.

Julie no era un ideal delgado; era hermosa y regordeta, rápida y tranquila, un ama de casa nata bajo cuyas manos las cosas se arreglaban sin ruido, como por voluntad propia. Al mismo tiempo, cuando realmente había tenido éxito en algo, a menudo no podía resistir una torpeza juvenil; casi como si tuviera que disculparse por su habilidad. Sí, una vez que el primo no pudo contener una fuerte palabra de elogio, para su horror, de repente vio a la niña parada frente a él como si estuviera cubierta de sangre, y claramente creyó: "Oh, por favor, si no te importa !" los literales para escuchar palabras de sus bocas. En realidad, por supuesto, no la había oído; era solo una conjetura que había leído de los ojos marrones.

Más tarde, cuando se lo confió a su tío Senador mientras sonaba un silbato vespertino, asintió y dijo con una sonrisa que era una inscripción, modesta, dulce y modesta, y probablemente apropiada para el rostro de una niña.

Y como por voluntad propia, las habitaciones desoladas de la casa cobraron vida. Las ventanas se llenaron de flores, y desde la sala hasta el hueco de la escalera en la mañana sonaba el brillante latido de un canario; pero el pañuelo está igual de dispuesto a silenciarlo cuando el doctor se gastó su penza durante el café de la mañana. El tío que ahora más a menudo en

estuvo de acuerdo con el primo en que toda la casa se había vuelto más hacia el lado soleado.

Incluso la anciana Karoline se paró un día con los brazos en jarras y observó las hábiles manos de "Mamsell", quien acababa de tapizar la silla del estudio del médico y ahora estaba martillando ágilmente un clavo brillante tras otro. Por supuesto, cuando se sorprendió haciéndolo, trotó de regreso a su cocina a toda prisa, reprendiéndose a sí misma ya la persona de dedos rápidos que estaba tomando el pan de la boca del guarnicionero vecino.

Pero cuanto menos podía la solterona juzgar mal la eficiencia y la tranquila amabilidad de la niña, más agudamente miraba en todas direcciones, y pronto, hacia el mediodía, se la podía ver paseando inquieta entre la chimenea y el reloj de la casa en el pasillo. No cabía duda de que el doctor nunca llegaba tarde a su paseo del mediodía; sí, a menudo parecía todo sonrojado cuando llegaba; debe haber estado corriendo solo para no perder la hora correcta. ¡Por ella, que lo había llevado en esos brazos suyos, nunca se había derramado una gota de sudor!

Los labios de la anciana comenzaron a balbucear: tragó saliva como si no pudiera ahogarlo.

Era obvio que la cocina no había ido junto con el resto de la casa ese solsticio.

Mientras tanto, las estaciones siguieron su propio camino. Las rosas del jardín se habían marchitado; No sólo se habían cosechado legumbres y espárragos, también había un buen número de ellos en latas desnudas en la despensa; junto a él había botellas cuidadosamente empaquetadas llenas de grosellas y esas jugosas guindas, que ahora se podían usar como se deseara.

Esta vez el propio primo hizo el mejor trabajo al romper la fruta de pepita, que el jardín produjo en las variedades más finas. Audaz como un niño, recogió las grandes manzanas Gravenstein de las ramas más altas. Desde afuera, los vecinos miraron por encima del tablón con ojos codiciosos y llamaron

su bajo alemán: »Lat mi helpen, lat mi helpen. ¡Puedo totalmente baben en de Tipp!« Pero el primo no necesitaba a los niños en absoluto, podía ayudarse a sí mismo. Por otro lado, en la alegría de su corazón, a menudo arrojaba una manzana entre ellos, a lo que se oía un alegre bramido al otro lado de la tabla; pero las más bonitas, las de las mejillas con rayas rojas, volaron hacia su joven casera, que estaba de pie bajo el árbol con el delantal levantado. Solo que hoy no era tan hábil como de costumbre; porque sus ojos siguieron ansiosamente a su prima hasta las ramas que se balanceaban, y casi siempre una manzana algo más grande le arrancaba la punta del delantal de la mano. Al doblarse a derecha e izquierda estaban las pesadas trenzas se deslizó hacia abajo y colgó flojamente de su cuello; ahora que las manzanas seguían volando hacia ella, suplicó clemencia.

"¡Christian, muchacho!", sonó de repente la voz del tío Senador, que acababa de salir al jardín. "¿Dónde estás? ¡Por el dios Mercurio! ¡Parece que te estás haciendo tan joven como debes tu certificado de bautismo! ¿Pero sabes que dos acaban de ser derribados de la torre?"

Entonces otra manzana voló alegremente hacia el delantal de Julien; luego el propio primo llegó a terreno llano. De hecho, casi pierde tiempo de clase; sí, sus pensamientos aún estaban en las ramas verdes. "¿Qué le parece, señorita Julie?", dijo, quitándose las hojas amarillas de su cabello; "¡Creo que volveremos al trabajo a las cuatro en punto! En verdad, tío; ¡No pensé que podría escalar así!"

Ahora era noviembre. Los árboles estaban vacíos, el jardín desierto; pero el sótano y la despensa estaban llenos; las tardes se hicieron largas y acogedoras; la muy pensada gran celebración familiar estaba realmente a punto de tener lugar.

Cuando sumaste los invitados a invitar, había dieciséis, los dos compañeros de casa sin contar; y una joven pobre que recibía una Liespound de café y dos sombreros de bálsamo de limón como regalo de su tía abuela cada Navidad.

Cierto, Karoline afirmó que solo dieciocho años podían sentarse en la mesa extensible; pero Julie dijo, muy sonrojada: "¡Si el Doctor confiara en mí!" Y la prima sonrió en silencio.

y pensó: "¡Ahora tiene otra de sus ingeniosas ideas!" Entonces también puso al decimoséptimo invitado en la lista.

Y ahora fue manejado vigorosamente. Karoline se peleó con carniceros y pescaderas a gusto; el primo sacó botellas polvorientas de su bodega y luego volvió a cortar fidibus y candelabros del papel vitela más blanco; El tío Senador tuvo que recetarme un gran mazapán de Lübeck porque mi prima no sabía cómo hacerlo; Julie venía con las mejillas calientes a veces de la panadería del vecino, donde tenía sus pasteles y galletas en el horno, a veces afuera del jardinero, que tenía que buscarle un ramo de flores de otoño para el banquete.

Y así llegó un domingo la gran tarde. El camino a la casa discurría por la parte del jardín lateral; pero tan pronto como oscureció, la lámpara sobre la puerta principal brilló de manera amistosa en el camino ancho.

Dentro, en la sala de estar, al resplandor de las grandes lámparas astrales, las tazas brillaban y la máquina de té ya zumbaba. Al lado, en la salita de juego, mi prima acababa de extender las cartas y colocar las fichas, mientras que tras las puertas aún cerradas del comedor, Julie revisaba la mesa que, después de muchos años, resplandecía con las flores. la mesa de damasco y los pesados candelabros de plata.

Eran ya las seis y el primo, con su reloj de bolsillo de oro en la mano, se paseaba con paso inquieto por las habitaciones aún vacías. Luego, por fin, afuera en el pasillo, el timbre de la puerta principal comenzó a sonar; Voces alegres, jóvenes y viejos, se levantaron y allí llegaron: el tío y la tía Senador, otras dos tías, dos primas y dos tías, y siete del resto de la familia, sin contar a la pobre señorita. A veces, era solo una ráfaga de viento lo que abría la puerta principal, porque el noroeste soplabá tanto afuera como era deseable adentro para aumentar la comodidad. Finalmente, el carruaje del monasterio pasó frente a la puerta del jardín, sacaron a la tía abuela y apareció la vieja Karoline, con un gran sombrero con lazos rosas, y tomó el pesado abrigo de satén de manos de la esposa del alcalde.

La empresa estaba completa. La dueña de la casa, menuda y amistosa, estaba de pie junto a la mesa de té del rincón y daba vueltas al pollo.

tetera y se vierte en las tazas; dos bebés paseaban y presentaban, uno la bebida aromática, el otro los pasteles, todos horneados según recetas familiares. Se extendió un aire de comodidad para que todos comenzaran a charlar por su propia cuenta. Desde la esquina del sofá, mi tía abuela había mirado a su alrededor durante un rato con sus ojos aún penetrantes y ahora asentía con aprobación hacia la mesa de la esquina. "¡Qué bueno, querida mía", dijo, estrechando la mano del primo Christian, "que tenemos el carruaje en la ciudad! ¿De qué otro modo podría haber acudido a ti con todo este tiempo? Y Christian entendió muy bien el aplauso que había en estas palabras; y si hubiera sido la costumbre en su círculo, ciertamente habría besado la mano de la anciana. Pero lo dejó así con una contrapresión agradecida.

No pasó mucho tiempo antes de que los viejos caballeros se sentaran en la habitación de al lado para jugar al whist. Julie acababa de colocar un suave cojín para los pies debajo de la esposa del alcalde; cuando el primo también entró para ver el honorable juego, el tío lo miró con bastante picardía. —Bueno, Christian —dijo, pasando con delicadeza una nueva puntada sobre la mesa—, ¡es diferente hoy que el invierno pasado, cuando siempre estabas sentado solo en tu ahumadero! ¡Y qué agradable -prosiguió, mientras hacía más y más puntadas-, la pluma de nuestra gallinita deja ondear el seno rosado con sus trenzas morenas! En confianza, Christian, incluso más bonita que los lazos de Karoline en su gran sombrero alado. En cualquier caso, el rosa es el color de tu casa a día de hoy; ¡y siete bazas, big slam, señoras! ¡Qué dices a eso, Christian!«

El primo asintió y se acercó alegremente a los demás que ya estaban sentados en el pizarrón de la gran sala. Seguía siendo un tablero real, antiguo y hereditario con Scharwenzel, los chicos del vicio, el sobre y la novia y el novio. Y fue divertido; las voces gritaban confusas, las monedas aritméticas tintineaban; pero el alma de la obra era una doncella mayor y mayor, que tenía toda la cabeza llena de pequeños tirabuzones grises. Era conocida en la familia como "Lehnken Ehnebeen" porque solía poner uno de sus pies debajo de ella cuando se sentaba para realzar su pequeña persona; y su primo una vez le había jugado una mala pasada cuando aún era un niño estúpido. Se había deslizado en secreto debajo de la mesa en la que ella y otras tres damas estaban jugando. De repente gritó: "¡Ya veo, ya veo!" "¿Qué ves, hijo mío?", preguntó ella. "Veo cuatro

¡Tías y sólo siete piernas!». Entonces la prima Ehnebeen apuñaló la fuerza de su compañero con Atout-As y perdió el control.

Pero esa desagradable historia se olvidó hace mucho tiempo ahora. "¡Primo Christian!", gritó. Es más cómodo contigo; Haces una casa preciosa. ¡Pero ven rápido! Solo estoy negociando".

'Disculpe, primo; ¡Hoy soy el posadero!', respondió el primo, agitando la mano.

En ese momento, la dueña de la casa, cargada con canastas de pasteles vacías, estaba a punto de pasar; pero ahora se puso de pie por un momento y dijo tímidamente: "¡Siga el juego, doctor! Si confiaras en mí, me encargaría de todo.

—¡Desde luego, desde luego, señorita Julie! Oh, confío mucho en usted, susurró el médico apresuradamente; y mientras la miraba mientras se alejaba, vio que se sonrojaba por completo y que sus jóvenes ojos marrones decían muy claramente: "¡Oh, por favor, si no te importa!".

Pero cómo brillaban esos ojos cuando Julie estaba ocupada afuera junto al viejo dragón en la cocina y la despensa, la prima ya no lo veía; porque estaba sentado adentro con el primo Ehnebeen y jugando poch y se había desprendido de todas las preocupaciones económicas; porque sí, ciertamente sabía que estaban en las mejores manos. Solo Karoline cuestionó los ojos de sus jóvenes superiores; y le resultaban tanto menos agradables cuanto que pensaba que a menudo había notado ese glamour que le desagradaba en los de su médico.

Pero la tarde avanzó. A las nueve se abrieron las puertas dobles del tercer cuarto; y luego la mesa decorada con flores brilló con el brillo más brillante de damasco y velas.

El primo ofreció su brazo a la tía abuela, el tío era experto en atrapar su parche. Pensó que le estaban dando demasiado crédito, pero tenía que hacerlo.

"Hoy, mi pequeña Patchen", dijo el tío, "¡tú eres la dueña de la casa y debes hacerte amiga mía como un anciano!", lo que avergonzó mucho a la joven, y a la anciana Caroline, que estaba tomando un plato. de carpa

Entró en la habitación y le dirigió al buen caballero una mirada venenosa, que desafortunadamente él no notó. Mientras tanto, cuando se acercaron a la mesa, Julie hizo una reverencia con la más dulce de las sonrisas y se fue; y ahora ya no sirvió de nada, el tío de repente se encontró empujado junto a la tía abuela y la fila de mesas cerrada.

El primo se frotaba las manos feliz, como tenía toda la amistad junta en su mesa; también vio cómo Julie pasaba un cuenco aquí y allá a la vieja Karoline; pero a la hora de comer pescado, todo el mundo debe tener los ojos bien puestos en el plato. Así que ni se dio cuenta de que él mismo siempre obtenía la carpa y la espuma de nata agria sólo de la mano de su vieja casa tirana, y menos aún de cómo se despeinaba el bigote cada vez que el niño pequeño se atrevía a acercarse a él con un cuenco.

Pero ahora apareció el asado, majestuoso, como para oscurecer la luz de las velas; y todos los ojos y lenguas fueron liberados de nuevo. El primo se levantó solemnemente y, golpeando su vaso con el cuchillo, comenzó: "Nuestra querida, querida, querida tía abuela, está viva", pero se detuvo de repente cuando vio toda la mesa por primera vez en ese momento. él dijo. "¿Dónde está la señorita Julie?"

Luego, una voz clara resonó desde la esquina inferior de la habitación: "¡Aquí estoy, doctora!" Y cuando miró, ella estaba sentada allí en la mesita para gatos.

"Larga vida a nuestra querida tía abuela", dijo el primo.

"¡Alto! ¡Levántense!» Y todos se levantaron e intervinieron con la tía abuela, y lo mismo hizo Julie; y después de eso, a pesar del viejo dragón doméstico, chocó las copas con su primo, y cuando él sacudió la cabeza hacia ella, como en un reproche amistoso por su humillación autoimpuesta, ella lo miró con tanta humildad e implorando perdón. que se quedó bastante desconcertado. Porque, para su propio asombro, ya estaba de vuelta en su silla antes de haber tomado siquiera un sorbo para reafirmar la salud que se había traído a sí mismo; sólo cuando la anciana dijo con un dedo levantado: "¡Pero, Christian, lo dices en serio con tu anciana tía abuela!", se bebió apresuradamente todo el vaso.

Pero la prima Ehnebeen había vuelto a retirar su piececito de abajo y ahora reclamaba por completo la atención de la compañía. Se quedó allí, con la copa en alto, y con una agradable voz de cacareo gritó:

“¡Estoy enamorada!” y después de mirar desafiante alrededor del círculo y no encontrar a nadie que objetara esta afirmación, preguntó con más patetismo aún más enfático:

"¿Donde?"

Y cuando la compañía también guardó silencio sobre esto, para sorpresa de todos los que aún no conocían su brindis, pero que no estaban presentes hoy, ella dio la respuesta ciertamente satisfactoria:

“¡Con honestidad y fidelidad!

¡Un enemigo enviado de toda hipocresía!

Fue un buen brindis largo; pero ella valientemente lo terminó, y se inclinó alegremente a todos los que le pasaban la copa o venían a chocar copas con ella. Y la pobre Fräulein pasó primero de Lehnken Ehnebeen a la mesa de los gatos y entrechocó las copas con Fräulein Julie y apretó la mano pequeña y firme de la niña con sus dedos delgados, como en una tierna seguridad; no, ciertamente, ¡ninguno de los dos quería ser hipócrita!

Se volvió aún más alegre; y cuando, de postre, el gran mazapán, en el que se presentaba el ayuntamiento de Lübeck y todo el mercado, fue primero repartido y luego cuidadosamente desmantelado por la tía abuela, el primo pidió sus tres botellas de Johannisberger, que había heredado de su padre, para que lo sacaran de su rincón polvoriento, lo que causó la impresión más agradable en jóvenes y viejos por igual, ya que el sombrero soliloquio con el que el viejo Karoline bajaba las escaleras del sótano no se podía escuchar en absoluto aquí arriba. Y cuando se quitó el tapón y el delicioso aroma que había estado sellado durante mucho tiempo se elevó y llenó la habitación con el aire fresco de la vida, el tío intervino:

“¡Desde el alto Olimpo vino la alegría para nosotros!” Y no ayudó a los muchachos que encontraron la canción obsoleta; todos estuvieron de acuerdo, por un gran respeto por su tío.

Afuera, en la calle, apoyado en su lucero del alba, estaba el vigilante nocturno, el viejo Matthias, que siempre comenzaba la víspera de Año Nuevo con tanta alegría, y escuchaba hasta que terminaba la canción. Luego, asombrado por lo que estaba pasando hoy en la casa del doctor, que por lo demás estaba tan tranquila, llamó a la hora undécima y continuó con sus rondas.

Pero justo cuando toda lujuria llega a su fin, el Johannisberger finalmente se emborrachó en la gran fiesta familiar del primo. Ya estaban moviendo las sillas cuando el tío volvió a golpear su vaso: "¡Sin olvidar nuestro viejo brindis estatal! Queridos amigos, ¡nosotros vamos a llenar nuestro Dage de aceite!«

Y los chicos también empujaron con devoción, como si ellos también vieran el dedo de advertencia levantado contra todos nosotros desde el oscuro futuro. Pero el primo tenía los ojos puestos en la mesa del gato y pensó: Sí, ya, ya estás bien; pero ¿cómo te irá en tu vejez?

-Christian, querida -dijo la tía abuela en voz baja-, eso fue casi como lo que pasó hoy con tu buen padre.

Luego se levantó y condujo a la anciana de vuelta a la sala de estar. Y cuando todos hubieron deseado "Blessed Meal", apareció Caroline con pieles, capas y manguitos; fuera, el cochero aplaudía desde el pescante del coche del monasterio, que hacía tiempo que había vuelto a parar; luego volvió a sonar el timbre, los invitados se despidieron y pronto sólo quedaron en las habitaciones vacías la prima y la señorita Julie. Retiraron las cartas, doblaron las alfombras y apagaron la mayoría de las luces.

Estaba en el corazón de mi primo que tenía algo especial que decirle a la señorita Julien; lo buscó en su cabeza, pero no pudo encontrarlo allí. Por supuesto que quería decirle que no podía volver a sentarse en la mesita; pero en realidad no fue así. Movié aquí y allá algunas sillas que no se podían mover, y la señorita Julie había estado limpiando una mesa lisa como un espejo con su pañuelo durante bastante tiempo; finalmente ambos se desearon buenas noches. El viejo reloj de la casa inglesa era

una vez confiscada durante el bloqueo continental y luego recomprada al abuelo por el precio completo, solo tocaba su escala de campana tres veces desde el corredor en el último cuarto para la medianoche.

¡Qué tarde era hoy!

Después de un rato, cuando el viejo Matthias leyó la lección número doce afuera en la calle, vio que todas las ventanas ya estaban oscuras. Se puso de pie por un momento y sacudió su cabeza gris. ¡No podía haber sido una boda! Con una familia así, los barcos habrían ondeado sus banderas en el puerto; ¡Tampoco se habría ahorrado una buena propina para el vigilante nocturno!

Y hablando consigo mismo, el anciano prosiguió sus rondas hasta que la nueva hora golpeó sus pensamientos.

Todavía lleno de la fiesta de ayer y de la graciosa conducta de su pequeña ama de llaves, el primo buscó su pipa más larga a la mañana siguiente para retomar el camino de la vida diaria con este asistente probado y comprobado. Cuando entró en la cocina, donde solía encender su Fidibus en el hogar, encontró a la anciana allí ocupada limpiando los cuchillos para pelar. No pudo resistir la urgencia de su corazón; "Karoline", dijo y tomó las primeras bocanadas fuertes de su pipa, "¡Julie es una buena chica!" Karoline estaba ocupada trabajando en su tablero de cuchillos.

"¿No estás escuchando, Karoline?", repitió el doctor; "¡Digo que Julie es una chica muy buena!"

La boca de la anciana se tensó de modo que los bigotes de su labio superior se erizaron.

"¡Ella no piensa en sí misma, querida niña!", continuó el médico, fumando y como si hablara consigo mismo.

"¿No sobre ti en absoluto?" Eso fue demasiado para la anciana; afiló con tanta furia que los cuchillos y los tenedores cayeron sobre las baldosas con gran estruendo.

El primo, que bien sabía que en casa de su viejo amigo el día y la hora no son los mismos, preguntó en voz baja: "Pero, Karoline, ¿qué te pasa hoy?"

"¿I? ¡No tengo nada, doctor!» Y se agachó y tiró los cuchillos y los tenedores sobre la mesa de la cocina con ambas manos. 'Pero solo digo: ¡no te dejes llevar! ¡Sí, eso es lo que digo, doctor!» Estaba de nuevo de pie ante su amo y asentía, o más bien temblaba violentamente con su gran cabeza gris.

Estaba verdaderamente avergonzado, tanto que incluso tocó su pipa a sus pies; pero luego preguntó pensativo: "¿Bordar, Karoline? ¿Qué quieres decir con bordar?

"¡Puedes querer decir mucho con eso!", respondió la anciana audazmente.

"Por supuesto, Carolina; pero no tienes una opinión definida?"

Tengo mi propia opinión, doctor; ¡y aunque mis ojos son viejos, ven más que muchos ojos jóvenes!

"¡Ahora, ahora, Karoline!" El médico salió de la cocina y se dirigió a la sala de estar, donde Julie estaba sirviendo el café en su taza; se veía muy rosada con su gorra de mañana.

Caminó arriba y abajo un par de veces, fumando; luego, como si esto de repente le pesara mucho en el corazón, se detuvo frente a la niña y dijo: "Solo admítalo, Fraulein Julie, ¿debe tener problemas con nuestra querida anciana a veces?"

Pero Julie lo miró con toda la honestidad de sus jóvenes ojos marrones. "Nos llevaremos bien, doctor", dijo; "¿Quién no debería tener paciencia con los viejos?" Entonces el reloj de la casa dio las ocho; el doctor tuvo que darse prisa para llegar a clase.

Pasaron los días de la semana. Pero cada día que pasaba se hizo más claro para el primo que padecía una inquietud interior, cuya causa trataba en vano de averiguar. Su salud no dejaba nada que desear, su casa estaba en mejor orden que nunca, y su conciencia también, por lo que creía poder decir, estaba esencialmente libre de cargas. A veces se le ocurría, ¡si pudiera recorrer un largo camino desde aquí! si solo eso

Cuando llegaron las vacaciones de Navidad, quiso ir a casa de un amigo de la universidad y pasar la fiesta con él. Pero cuando lo pensaba más de cerca, siempre se sentía abrumado por la desolación de pasar incluso un día en cualquier lugar menos en casa. Fue de lo más extraño.

Por supuesto, si le hubiera preguntado a la vieja Karoline, ella se lo habría dicho. Conocía la enfermedad con todas sus consecuencias posibles e imposibles e incluso acababa de descubrir un nuevo síntoma de la misma. Sí, en vez de salir a las once como máximo, como era habitual, el médico ahora no solía ir a su dormitorio de la planta baja hasta las doce. Tanto tiempo se sentó arriba en su estudio; despreciaba el sueño que tanto amaba. ¡Y la vieja Karoline sabía cómo sacar sus conclusiones! Saltó sobre abismos reales; sí, subió, lo que nunca ha sido visto por un acróbata, con agilidad la escalera más alta, que se balanceaba sobre su propia nariz, y luego se paró vertiginosa y triunfante en el último peldaño. ¡Ay, vieja Carolina!

Y ahora sucedió que el viernes por la mañana ella, como de costumbre, llevó una botella de agua fresca a la habitación de "Mamsell". Miró a su alrededor, ansiosa por ordenar como de costumbre; y como ningún otro objeto se presentó a sus ojos, tomó uno de los vestidos de sirvienta que colgaba del lado izquierdo de la puerta para colgarlo en el gancho del lado derecho de la puerta, de modo que el urgente el impulso podría ser satisfecho. Al hacerlo, del bolsillo de su vestido cayó un pañuelo blanco doblado, que reconoció de inmediato por las iniciales como propiedad indudable del médico, su amo.

¿Qué significa eso? ¿Cómo llegó el pañuelo aquí, en el bolsillo de la criada? Ella lo miró fijamente, sus ojos redondos saltando de su cabeza. De repente, una luz penetrante cayó sobre el objeto de su contemplación; el Gran Turco sí, eso dijo una vez el hijo de su hermano, el patrón, cuando quiso salir, ¡primero le mandó su pañuelo a la joven! Y su amo, el médico, fumaba tabaco turco, había cultivado judías turcas en el jardín el verano pasado, ¡estaba muy a favor del turco! Una idea perseguía a la otra en el cerebro de los buenos viejos. ¡Señor, tú del cielo!

La habitación aquí era solo el pequeño trastero, en el que la criada tenía su cómoda, del estudio.

del Doctor, ¡y las puertas de conexión estaban abiertas en todo momento! La anciana se estremeció. El Doctor no conocía el mundo; si de verdad llegó a una boda! ¡Con una persona que no era de ninguna familia en absoluto! "Hennefeather" era su nombre; bien podría llamarse "Hahnewippel" o algo así, que no pertenecía a ninguna parte de la casa que todavía la había afectado hoy, cómo hizo pasar a un judío del vino a la sala de estar, cuya cara cuando se fue se podía ver ¡Fasschen había sido persuadido de que el doctor estaba comprando otro vino caro!

¡Pero ella, la vieja Karoline, quería tener los ojos abiertos!

Después de limpiarse, volvió a guardar el pañuelo sospechoso en el bolsillo del vestido y bajó a la cocina. Pero todo el día fue como si no fuera sincera y en lugar de la tetera de café puso la sartén en el trípode.

Su inquietud aumentaba a medida que avanzaba la noche. Cuando el reloj dio las diez y media, escuchó a la criada subir las escaleras hacia su habitación; el doctor estaba en su estudio desde las nueve. Varias veces salió de la cocina al pasillo; pero el gran reloj siempre marcaba tan fuerte que ella no podía oír nada. Por fin subió sigilosamente las escaleras y primero acercó la oreja a la puerta de la criada, cuando oyó el susurro de ropa de mujer dentro; luego, en la puerta del médico, podía escuchar claramente al primo golpeando su tazón en la estufa.

Ella descendió de nuevo; quería esperar hasta que su amo se hubiera ido a su dormitorio. Temblando y helada, con los brazos envueltos en su delantal, se sentó en la silla de madera de la cocina junto a la fría chimenea; pero el reloj dio las doce y nada se movió. Entonces ya no pudo aguantar más; se lo debía a su bendita madre; sí, ella misma lo había ayudado a criarlo; volvió a subir las escaleras, y cuando todo estuvo allí abrió resueltamente la puerta del estudio. Allí estaba sentado el doctor con su bata de colores brillantes, fumando su pipa turca.

Ningún libro, ningún escrito yacía frente a él, solo siseó; la lámpara del estudio estaba apagada, la luz con la que solía ir a su dormitorio ardía sobre la mesa con una larga bocanada. Todo esto era muy sospechoso.

Cuando su amo no pareció notarla en absoluto, fue a la mesa y limpió la luz.

Entonces el primo levantó la vista. "Dios mío, Karoline, ¿qué quieres?"

"Solo quería decirle, doctor, que su dormitorio de abajo está bien".

—Eso creo, Karoline; pero ¿qué es realmente el reloj?

"¡Es más de medianoche, doctor!"

"¿Medianoche? ¡Pero por qué deambulas por la casa tan tarde a tu edad! ¡Vete a dormir, Carolina!"

«¡Entonces!», pensó la anciana; "¡Eso es todo! ¡Primero debo irme a mi habitación del ático!" Y agregó en voz alta: "Me quedé dormida abajo en la cocina; pero quiero ir a dormir ahora. ¡Buenas noches, doctor!«

"Buenas noches, Carolina".

Con fuertes patadas, subió las escaleras del ático y luego, con el mismo ruido, abrió y cerró la puerta de su habitación. Pero ella solo había puesto la luz que había traído consigo. Ella misma salió a tientas al suelo oscuro entre las cajas de pie y otros artículos domésticos. Cuando palpó con la mano un biombo de la cama que todavía estaba de pie aquí por la enfermedad tardía de la difunta, se agachó y pegó la oreja al suelo; el paraguas, lo sabía, estaba justo encima de la pequeña tienda.

Todo permaneció en silencio; sólo las judías turcas, que colgaban en hileras sobre hilos estirados para secarse, susurraban en el tren nocturno que pasaba por las rendijas del techo. Uno golpeó afuera de la iglesia cercana. La gran cabeza de la anciana se hizo más y más pesada en la posición incómoda; no se podía aguantar mucho más. ¿Qué fue eso? La golpeó como un relámpago a través de todos sus miembros; había oído el crujido de la puerta de la tienda debajo de ella; pero en el mismo momento, debido a que sus piernas se habían sacudido hacia atrás, el biombo de la cama cayó sobre ella con un golpe. Ella había atravesado el papel tapiz que cubría con su cabeza, y él estaba atrapado en él como en un potro de tortura medieval. Un gato saltó de un armario cercano y la sopló.

"¡Sólo sopla!", dijo la anciana. "¡Yo también soplaré!"

Ya había oído suficiente; y lo que es más, debe haber dado a los de abajo un saludable susto; se mantendría hasta mañana y pasado mañana ¡se suponía que algo más sucedería de antemano! Escuchó una vez más, y como no se oía nada, sacó con cuidado la cabeza y se arrastró de vuelta a su habitación.

Pero los planes, cada uno más violento que el anterior, que cruzaban por su mente no la dejaban dormir. Arrojó la almohada diez veces, revolvió toda la cama y pronto no pudo recordar si estaba acostada a lo largo o de lado. Cuando por fin las primeras luces del crepúsculo cayeron a través de los pequeños cristales, ella estaba sentada, muy parecida a una Schuhu, acurrucada a los pies de la cama. La punta de su nariz torcida se movía hacia arriba y hacia abajo, sus párpados de pestañas grises se movían gotulosamente sobre sus pupilas abiertas. De hecho, parecía el nido de una lechuza; Las plumas de la cama yacían por la habitación como si fueran pajaritos desgarrados. Pero la vieja Karoline había terminado su plan. "¡El camino recto es el mejor!", murmuró y salió de la cama con la pierna izquierda primero en lo que respecta a sus pensamientos sobre las próximas cosas.

Cuando Julie entró en la cocina por la mañana y notó el aspecto miserable de la anciana, le preguntó con simpatía si no había tenido una buena noche.

Caroline, que estaba sentada a la mesa desayunando, primero sopló el café caliente un par de veces; luego, como si sólo lo dijera contra las paredes, pero con un claro énfasis, dijo: "Muchos hombres han pasado una mala noche, que recostó la cabeza con honor en la almohada".

"Bueno, ciertamente lo hace, Karoline", dijo la niña, sonriendo; "¿Pero tal vez ella escuchó que la perseguía arriba?"

"¡Pensé que abajo estaba embrujado!", dijo la anciana sin levantar la vista.

'Oh, esa fui yo, Caroline; Tengo algo más de la tienda.

¿A la Glock uno? Pensé que la criada ya era a las diez y media ¡Has ido a tu habitación!"

"Pero aun así remendé mi ropa".

La anciana asintió. "Sí, Mamsell tiene una madre muy ordenada también, y una madre muy modesta también, que ciertamente no da mal ejemplo a sus hijos".

—¡Oh, nunca, Carolina! Tengo una buena madre." Julie percibió una sugestión en el tono, pero se preguntó en vano hacia dónde se dirigía.

Mientras tanto, la anciana había empujado hacia atrás su taza y la alcanzó de nuevo después de pala y tenazas.

—Tengo que dar un paseo más esta mañana —dijo, echando turba fresca en el agujero de la chimenea; "No por mí, es por el bien de otras personas. Las papas deberían haber sido peladas de antemano".

Por supuesto, Carolina; No se perderá nada por ello".

"No", dijo la anciana, "si Dios quiere, no se debe perder nada".

Y justo después de apenas una hora, Karoline, que por lo demás casi nunca salía de la casa, se había desatado su gran sombrero de tafetán negro; y así, desde la ventana de la sala de estar, con un paraguas de cuadros azules bajo el brazo, Julie los observaba navegar calle abajo.

Un rato después, el rostro joven de Julien también se asomaba por un sombrerito de terciopelo negro, y después de haberle recomendado lo necesario al estropajo que hacía su trabajo de los sábados en el pasillo, ella también salió de la casa y poco después entró en una élle. almacén de mercancías en la plaza del mercado. Cuando el dependiente se inclinó hacia ella con su complaciente "¿Qué hay a su servicio?", ella puso el fatídico pañuelo sobre el mostrador: "La docena se ha vuelto incompleta; ¿Todavía tienes esa ventaja?"

Todavía tenía ese borde, y con dedos voladores la tela fue arrancada y envuelta.

No, no tenía nada más que ordenar; ella estaba fuera otra vez, contenta de la docena hecha, su compra en su bolsillo. Por un momento se puso de pie y miró hacia la larga calle,

pensando para sí misma si aún podría aventurarse a hacer una "visita rápida" a su madre, que vivía en una calle transversal. Pero ahora vio a la vieja Karoline girar por la calle principal y conducir hasta el mercado con su paraguas y su sombrero de tafetán, llena de trabajo. Una sonrisa cruzó el rostro de la chica.

"¡No, no!", se dijo a sí misma; "¡Ahora no funcionará, ahora están atacando con todas las manos!" Y caminó rápidamente por Marktstrasse hasta la casa de su prima, que ahora era su hogar. No se dio cuenta de que un angelito de la guarda con alas blancas, sonriendo como ella había sonreído antes, voló sobre su cabeza.

Arriba, en su estudio, el primo se sentó lleno de la tarde libre del sábado, con una taza de café a su lado, el periódico frente a su nariz. Sin duda, no leyó demasiado ansiosamente porque, como sabía, la excelente chica estaba ahora sentada debajo de él en la sala de estar, cosiendo su nombre en el pañuelo nuevo; sí, incluso el sillón en el que se sentaba estaba tapizado por su manita. Todo esto se interpuso entre su periódico.

Entonces la puerta se abrió; Karoline entró y los denunció. Madame Hennefeder.

"Lleva a Frau Hennefeder a su hija", dijo el primo.

-¡Pero ella quiere hablar con el propio caballero!- Y algo brilló en la voz ronca de la anciana que sobresaltó a la prima.

Levantó la vista de su periódico. "¿Por qué se ve tan feliz, Karoline?", preguntó. "¡Tiene los ojos brillantes!"

"No estoy feliz, doctora".

"¡Pues bien, pídale a Madame Hennefeder que haga un esfuerzo para entrar!"

Karoline empujó a la mujercita regordeta que había estado esperando fuera de la puerta hacia el estudio del primo casi con un poco de fuerza amorosa. Parecía muy emocionada, los acianos artificiales debajo de su sombrero temblaban violentamente; ante la invitación de la prima a sentarse, ella solo se sentó en una esquina de la silla que se le ofreció.

Karoline le dirigió a la mujer obviamente abatida una mirada medio alentadora, medio disgustada, pero no había excusa para demorarse. Salió, arrastró los pocos escalones hasta las escaleras y luego se detuvo de nuevo en la barandilla, indecisa. ¡No quería volver a escuchar por pura curiosidad! Madame Hennefeder, a quien le había explicado toda la situación, abrió la boca; ella era conocida por ser una mujer valiente, haría un trabajo rápido aquí también y sacaría a la niña de la casa. La anciana fue sacada de estos pensamientos por el sonido agudo de la campana que, saliendo de la habitación del médico, sonaba justo encima de su cabeza.

Cuando entró después de un rato, Frau Hennefeder estaba sentada allí con los ojos llenos de lágrimas; el médico seguía de pie, sujetando el pomo de la campanilla. —Señora Hennefeder —dijo—, que se le pida a la señorita Julie que venga a visitarnos.

Karoline trató de leer el rostro de su amo. ¿Cómo fue? Había algo en los ojos de su pequeña Christian que parecía burlarse de ella y de la educación de su madre. Pero no sirvió de nada, tenía que llevar a cabo la orden que había recibido. Y en ese momento, un joven paso elástico subió volando las escaleras y desapareció en el estudio del primo; La vieja Karoline se quedó en la casa baja y deambuló de un lado a otro entre la cocina y el pasillo, murmurando un montón de palabras ininteligibles para sí misma.

Luego se precipitó escaleras abajo. Era el médico; ella acaba de verlo cerrar la puerta principal detrás de él; luego se fue y ni siquiera vio cómo su vieja Karoline se derrumbaba en la silla de la cocina, muda e indefensa. Porque caminó apresuradamente por la calle, primero a la derecha, luego otra vez a la izquierda, y luego a la casa del tío senador. Sin llamar, entró en su oficina privada.

-Christian, muchacho -dijo el anciano levantando la vista de sus libros-, ¿qué te pasa? ¿Pero eres tú mismo?  
¡Brillas como el sol de la mañana!«

'No sé, tío; pero tengo algo extraordinario que decirte.

"¡Así que siéntate en esta silla!"

'No, tío, gracias; no es para sentarse".

'¡Bueno, puedes pararte así! Pero bien puedo en el mío permanecer en el escritorio. ¡Así que ahora habla, si quieres!"

El primo respiró hondo un par de veces.

"Sabes, tío", comenzó, "en realidad soy una persona malcriada; mi benditopadre «

'Sí, sí, muchacho, ese era un buen hombre; pero ¿qué sigue?

"Entonces, tío, mi madre todavía estaba allí hace unos años, ¡y cuando murió, ya ves! incluso la vieja Karoline siempre ha sido amable conmigo. «

El tío saltó de su asiento y puso ambas manos sobre los hombros del primo. "Cristiano", dijo, "¡eres el alma de un hombre! Pero ¿y ahora qué?

Sólo, tío, que hoy me he convertido en un niño de completa fortuna. ¡soy! Sra. Hennefeder «

"¿Qué? ¿Eso también, muchacho?

"¡Pero, solo escucha! Sra. Hennefeder, vino a verme antes; ella quería hablar conmigo personalmente; pero sigo sin saber a esta hora qué es lo que realmente quería de mí la buena mujer; hablamos todo tipo de cosas juntos, pero estoy seguro de que no nos entendíamos. Pero entonces ella dijo, por extraño que parezca, y todavía no entiendo cómo se la pudo hacer hablar de esas cosas conmigo, que no podía esperar, dijo, que me casaría con una hija del empleado de mi tío, lo que aparentemente solo Julie podría entender".

—No —dijo el anciano con sequedad traviesa—, claro que no podía esperar.

El primo vaciló por un momento. 'Sí, tío', dijo, 'ella podía esperarlo. Porque yo por mi parte ya había entendido lo suficiente. ¡Casar! ¡Cásate con Julián! Verás, tío, me atravesó el cerebro como un rayo de sol; eso es lo que no podía pensar a pesar de haber fumado durante tres horas anoche. Me invadió una verdadera exuberancia de felicidad; halé

Llamó al timbre resueltamente y, a petición mía, Julie entró en la habitación.

"¿Y la chica no te rechazó, Christian?"

-¡Sí, casi, tío!- respondió el primo, y una sonrisa llena de alegría de vivir cubrió su lindo rostro; "Porque cuando su madre le hizo esa delicada pregunta, a saber, si quería casarse con mi subrector Christian, ella bajó los ojos y, para mi gran horror, se quedó muda y como aturdida durante bastante tiempo; sólo sus pequeñas manos entrelazadas. Pero entonces, afortunadamente para mí, sus labios se abrieron y: 'Oh, por favor, si no te importa', esas palabras sonaron de la boca rosada de su boca, aunque suavemente pero con una claridad deliciosa, que hasta ahora solo había escrito en silencio. en sus queridos ojos había leído. Y ahora, aunque todo es fijo e irrevocable para la breve eternidad de esta vida, mi querido tío viejo, te pregunto: ¿tienes algo en contra?"

"¿!? ¡No, muchacho!» Y el anciano estrechó con fuerza a su sobrino entre sus brazos. "Pero, Christian, ¿qué dirán la tía abuela y la vieja Karoline sobre eso?"

La tía abuela, por supuesto, gracias a la hábil mediación del tío y al placer que ya había encontrado en la niña, no dijo demasiado. Era más serio del otro lado; porque mientras ocurría lo anterior en la casa del tío, la pequeña señora Hennefeder estaba en la cocina de la prima, con los ojos aún llenos de lágrimas de alegría, frente a la anciana Karoline, cuyas manos había tomado, y lloraban una sobre la otra. : "¡Todo con honor, Karoline, con honor!" y le agradeció con profusas palabras su amable y oportuna gestión en este delicado asunto.

La anciana no dijo nada en absoluto; sólo su gran cabeza empezó a temblar y cabecear, poco a poco y con más violencia, como movida por pensamientos que trabajaban intensamente en su interior, buscando en vano la salvación de la Palabra viva. A la buena madame Hennefeder se le ocurrió la extraña idea de que la vieja Karoline finalmente podría mover su pesada cabeza fuera de su torso. Pero de repente ella tuvo la suya

idioma encontrado de nuevo. "Entonces", dijo, "¡así es como te echan de la casa! ¡Pero mi despedida todavía está escrita hoy!«

No estaba escrito. Ya sea por el poder de los hechos o el amor por su pequeño Christian y por las paredes de su casa, la anciana Karoline permaneció en su puesto como un dragón doméstico feroz pero leal. Durante un tiempo incluso reinó sola en la casa como lo había hecho antes; porque Julie, de acuerdo con la costumbre burguesa, había vuelto al cuidado de su madre hasta que fuera entregada al de su marido.

Luego, en el hermoso mes de mayo, en la casa de mi tío, hubo una boda. La casa estaba adornada con laburnos y jeringuillas, el sol primaveral caía sobre todas las paredes; en el puerto todos los barcos ondeaban sus banderas. Y nadie fue olvidado; Sacristán y organista, vigilante nocturno y pobre alguacil, todos habían recibido su saludo de plata; pero en la mesa nupcial, para especial satisfacción del tío y de todos los criados, presidía la anciana Karoline con su sombrero de alas rosadas. La novia no debía recibir un cuenco de otra mano que no fuera la suya; más lejos, sin embargo, su favor no se extendió; la pequeña madame Hennefeder, que se sentaba radiante al lado de su tío, le deseó todo lo mejor; además, ¡nadie podía pedirle eso!

Y las horas volaron. Lind era la noche; en la otra calle que rodeaba la antigua casa familiar se alzaba el jardín, solitario y fragante. Entonces la puerta traqueteó; era el primo con su joven esposa. Labrisa nocturna murmuraba en las ramas, ¿o eran solo las flores saliendo de los capullos? Como a través de los árboles de Adán hace miles de años, así brilló la luna hoy.

Cuando la joven pareja cruzó el umbral de su casa tomados de la mano, escucharon al viejo Matthias cantar desde la calle:

"¡Qué hermosa Y cada es dios Mundo,  
una de sus obras!"

Han pasado cuatro años desde entonces. En la casa vieja, entre Christian y Julien, un primo más pequeño salta por las escaleras y los pasillos, un tipo muy dulce. Por supuesto que no es como su madre, porque no siempre pregunta y a menudo tiene muchas

En contra. Incluso cabalga sobre la vieja Karoline como Cupido sobre el tigre; es fácil de ver, él la ha domesticado totalmente. Le hace bien, a la anciana, haber encontrado a su conquistador, se ha vuelto bastante alegre; sí, cuando el sol brilla en la ventana de la cocina, a veces se puede escuchar un canto gruñido desde allí, que no es un mal acompañamiento para el susurro de la tetera.

¡Pero son las ocho! La señora Julie me está esperando en su mesa de té; Se supone que debo apoyarla contra su esposo, para que él no se deje elegir también para el Banco Popular. Se está volviendo demasiado activo para ella, el primo, ahora tiene ojos y manos por todas partes. Frau Julie, en su inocencia de corazón, tal vez no sospeche que ella es la fuente de esta vida; pero, sin embargo, durante algunas tardes a la semana cree tener derecho a su marido.

Y así, querido lector, ¡adiós!